



LA AUTORA:

Dominique Fortier nació en Quebec en 1972. Tiene un doctorado en literatura de la Universidad McGill y ha trabajado como correctora, traductora y editora. Su primera novela, *Du bon usage des étoiles*, ganó el premio Gens de mer del festival Étonnants Voyageurs de Saint Malo y su quinta novela, *Au péril de la mer*, se alzó con el Premio del Gobernador General, uno de los galardones más prestigiosos de las letras canadienses. *Les villes de papier* es su sexto libro.

Contact: Tania Massault
tmassault@editionsalto.com



Les villes de papier

de Dominique Fortier

Traducción de
Ibala López Hernández

Winner - Prix littéraire des lycéens AIEQ 2019
Finalist - Prix littéraire des collégiens

Sinopsis

Si, como ella misma escribe, el agua se aprende por la sed y los pájaros por la nieve, entonces Emily Dickinson se aprende por el mar y las ciudades.

Figura legendaria de las letras estadounidenses a la que llamaban «la dama de blanco», Emily Dickinson sigue siendo un misterio a día de hoy. Siempre se negó a publicar su poesía y pasó los últimos años de su vida recluida en una habitación. Sin embargo, en la actualidad está considerada una de las autoras más importantes del siglo XIX.

Les villes de papier explora su existencia desde dentro, en clave menor, a través de sus libros, su jardín y sus fantasías. Partiendo de momentos de la vida de Emily, Dominique Fortier construye una novela a la vez solemne y cristalina y nos ofrece una acertada reflexión sobre los mundos que nos forjan, sobre los lugares que habitamos y nos habitan.

Rights held: World
Rights sold: Canada (Coach House), France (Grasset), Suède (Ramus), Italie (Alter Ego)

Extracto

Emily

Emily es una ciudad toda de madera blanca cobijada entre campos de tréboles y avena. En ella las casas cuadradas tienen tejados a dos aguas, postigos azules que se cierran al atardecer y chimeneas por las que a veces se cuele un pájaro que revoloteará por todas las habitaciones desesperado, con las alas llenas de hollín. En lugar de

espantarlo, los habitantes de la casa lo adoptarán para aprender su canto.

La ciudad tiene diez veces más jardines que iglesias. Estas siempre están desiertas y a su sombra tranquila crecen las campanillas y las setas. Los aldeanos se comunican por medio de signos, pero como cada cual se los inventa, apenas se entienden y muy a menudo prefieren evitarse.

Durante la estación fría, Emily se cubre de nieve, y los sabios herrerillos, con sus finas patas, escriben en ella poemas de un blanco intenso.

*

Amherst

Amherst, en Massachusetts, es una ciudad —un pueblo— fuera del tiempo y el espacio.

En 1830, año en que nace Emily, tiene 2.631 habitantes. Por entonces la ciudad de Chicago no existe. En 1890, cuatro años después de la muerte de Emily, la población de Chicago es de 1.099.850 habitantes, mientras que Amherst aún no ha alcanzado las cinco mil almas —menos una.

Amherst es una aldea cultivada que ha visto sucederse a generaciones de eminentes Dickinson. Se llama así en honor a Jeffery Amherst, primer barón de ese nombre, el mismo que durante las guerras indias sugirió dar a los salvajes mantas con las que se había arropado a los enfermos de viruela, a fin de acabar cuanto antes con aquella raza execrable.

Podrían haber elegido a alguien mejor.

*

En la actualidad, asediados como estamos por todas esas imágenes que se multiplican hasta el infinito, resulta asombroso pensar que solo existe una fotografía de la que fue una de las mayores poetas de su país, tomada cuando esta contaba dieciséis años. En la famosa imagen aparece delgada y pálida, con un lazo de terciopelo oscuro ciñéndole el largo cuello, los ojos negros bien abiertos, expresando una atención serena, y en los labios, la sombra de una sonrisa. Lleva el pelo recogido hacia atrás, partido por la mitad. Luce un sencillito vestido de rayas fruncido en el talle, con el cuello de color claro, y sostiene en la mano izquierda algo semejante a un ramillete de flores. Sobre una mesa a su lado reposa un libro cuyo título no se distingue. No existen otras fotografías de ella en las que salga más joven o más mayor, en otro sitio o de pie —o quizá se hayan perdido, destruido. No tiene piernas, nunca las tendrá.

Será para siempre ese rostro o, mejor dicho, esa máscara.

Emily Dickinson es una pantalla en blanco, una página vacía. Si al final de su vida decidió ponerse un vestido azul, no estamos en condiciones de afirmarlo.

*

Con cinco años, la pequeña Emily Elisabeth va a pasar unos días en casa de su tía en Boston. Por el camino, el carruaje atraviesa una violenta tormenta. Los relámpagos rasgan el cielo negro, la lluvia golpea los cristales con un ruido de gravilla. La tía estrecha a la niña contra sí para tranquilizarla. Pero la pequeña no tiene miedo. Fascinada, se inclina hacia la ventanilla fría, apoya la frente en ella y susurra: «Fuego».

En casa de su tía, las ventanas están tan altas que por más que se ponga de puntillas solo ve un retazo de cielo blanco. Se sube a la cama y descubre la calle más abajo, los dos árboles gemelos que crecen al otro lado, la gente que camina presurosa por las aceras.

Da un primer salto prudente, y después un segundo y un tercero, cada vez más alto, sobre el colchón de plumas de oca, que se hunde blandamente bajo su peso. La calle salta al mismo ritmo que ella, con todos esos pequeños personajes como soldaditos de plomo agitándose dentro de una caja.

—¡Elisabeth!

En el marco de la puerta la tía parece furiosa. La niña deja de saltar de inmediato y, muy erguida sobre sus cortas piernecitas, responde en voz alta e inteligible:

—Preferiría que me llamasen Emily.

*

Un mirlo se posa en el alféizar, donde Emily acaba de esparcir unas migas de pan. El animal tiene el vientre parecido a una de esas naranjas milagrosas que hinchan los calcetines colgados de la chimenea en Nochebuena.

Se traga un pedazo de pan y, luego, con una serie de trinos, empieza a contar largas historias de pájaro. Estas versan sobre lombrices, una hembra voluble, una nidada de huevos verdiazules, de los cuales uno ha desaparecido misteriosamente. Emily escucha trémula, la cabeza ladeada, los ojos brillantes. Coge a su vez una miga entre el índice y el pulgar y se la lleva a los labios. Es su comida preferida del día.

*

Cuando comete una falta, siempre se trata del mismo pecado: la gula, que la empuja a birlar un trozo de la tarta que se enfría en la cocina o el volumen prohibido que permanece ocioso en una de las baldas del despacho de Padre. A Madre no se le escapa una y siempre la castiga del mismo modo, encerrándola en un cuarto, sin las distracciones que divierten a los niños. No se da cuenta de que, cuando le levanta la pena, su hija sale a regañadientes. Quien piense que encerrarla sola con

sus pensamientos es un castigo para Emily Dickinson no la conoce bien.

Si lograra pasar un solo día sin travesuras ni malas acciones o pensamientos, su vida entera quedaría redimida por ese único día perfecto. Pero la cuestión es que no está segura de querer ser buena. Las margaritas no son buenas, como tampoco lo son las avutardas que pasan por el cielo formando una uve. Son algo mejor: salvajes como la mostaza de campo, silvestres y malas como la hierba.

*

El jardín rebosa de murmullos de flores. Hay una violeta que no se repone del disgusto de verse tan arrugada. Otra se queja de que los grandes girasoles le hacen sombra. Una tercera codicia los pétalos de su vecina. Dos peonias maquinan para alejar a las hormigas. Un lirio largo y pálido tiene frío en los pies, la tierra está demasiado húmeda. Las rosas son las peores: las abejas les sacan de quicio, les molesta la luz demasiado intensa, les marea su propio perfume.

Los únicos que no tienen nada que decir son los dientes de león, felices de estar vivos.

*

Las flores que han recogido los niños por la tarde descansan en la cesta de mimbre. Padre coge un pensamiento entre sus pálidos dedos y explica con esa voz suya de pastor:

—Para conservarlas, primero hay que secarlas.

En su mano, la flor parece haber empezado a marchitarse. La deja en su sitio y saca uno de los tomos de la Enciclopedia Británica que se alzan, ordenados del uno al veintiuno, en el estante central de la biblioteca. Lo abre, lo hojea con sumo cuidado.

—Al cabo de unos meses las páginas habrán absorbido la humedad de la planta y podréis pegarla en vuestro herbario.

Emily escucha embelesada: los libros beben del agua de las flores.

Padre continúa con el tono sabio que emplea cuando enseña, es decir, todo el rato:

—Para recordar dónde habéis colocado el espécimen, os aconsejo que elijáis un número de página que corresponda a una fecha señalada. Por ejemplo, la del comienzo de la guerra de los Cien años...

Aguarda.

—1337 —susurran a coro Austin, Lavinia y Emily.

Los dos primeros escogen un volumen e introducen con delicadeza las hojas de las flores entre las hojas de los libros, musitando para sí: «Declaración de Independencia», «Caída del imperio romano», «Cumpleaños de Madre».

Solo Emily parece repartir las flores al azar por el tomo del diccionario que ha elegido. Padre la observa unos instantes frunciendo el ceño.

—¿Cómo harás para encontrar tus especímenes si los colocas en cualquier lugar?

Ella sonrío.

—Lo sabré.

Meses después, cuando en pleno invierno cogen las flores del verano en la biblioteca, Emily abre el diccionario sin titubear. Mientras los demás murmuran cifras, ella pronuncia como una fórmula mágica una palabra, una sola: «jazmín», y el jazmín aparece.

Emily ha ilustrado las entradas del diccionario.

*

Emily recoge hojas de menta, pétalos de rosa y flores de manzanilla y se los da a Madre para que los ponga a secar en la cocina. Esas plantas no están destinadas al herbario. Se beberán durante el invierno.

En una bolsita conserva las semillas arrebatadas a los pájaros al final del verano, su futuro jardín.

*

Madre se encuentra en la cocina, las niñas ponen la mesa para la cena. Padre ya está sentado, esperando en la cabecera de la mesa, como debe ser. Lavinia coloca los cubiertos de diario, Emily le va a la zaga con los platos de porcelana azul y blanca.

—Chhh —dice Padre, delante del cual acaba de dejar un plato.

—¿Sí, Padre?

—Me gustaría saber por qué me toca a mí siempre el plato desportillado.

Emily retrocede unos pasos y amusga los ojos. Es cierto: al plato le falta un trocito minúsculo como la lúnula de una uña.

—Perdón —dice ella.

Coge el plato y con paso tranquilo cruza el comedor, la cocina, abre la puerta que da al jardín. Entonces ve una piedra grande y plana. Suelta el plato encima y este

se hace añicos. Después vuelve a entrar con los mismos pasos medidos y anuncia:

—No volverá a ocurrir, se lo prometo.

Estupefacto, Padre no responde.

Su reflejo invertido en la mesa barnizada se ha quedado igual de atónito que él. Sobre la hierba, las esquirlas de porcelana semejan los vestigios de una civilización desaparecida.

*

—¡Ha nevado!

Austin es el primero en levantarse. Corre al cuarto de Emily y Lavinia, que se precipita a la ventana: el jardín está cubierto por una sábana blanca; los árboles, enguinaldados.

Los tres bajan apresuradamente las escaleras para ir a ponerse botas, abrigos, gorros, chales y manoplas. Padre los mira de arriba abajo al pie de los peldaños. No dice nada, pero tiene una expresión adusta. Los niños se calman un poco.

Aún no ha salido nadie: son los primeros en hollar la página en blanco del jardín, en la que dibujan tres pequeños laberintos entrelazados. Hacen bolas de nieve que estallan como petardos de harina sobre sus abrigos oscuros.

Emily, sin resuello, se deja caer de espaldas. Mueve los brazos, abre y cierra las piernas para dibujar un ángel de nieve. Austin se hunde a su derecha, Lavinia a su izquierda; en la nieve aparecen un montón de angelitos, como una sarta de muñecos de papel.

Sigue nevando. Los copos les abrasan las enrojecidas mejillas al posarse en ellas. Sus pestañas parecen espolvoreadas con azúcar glas. Cuando al fin se levantan, su huella permanece tendida en la nieve —tres pequeñas estatuas yacentes.

~

Años después, al asomarse a la ventana una mañana de diciembre, Emily vuelve a verlos, tres fantasmillas de nueve, siete y cinco años. Esos niños ya no existen, han desaparecido, igual que si los hubieran sepultado. Años después, ante la primera nevada, Emily prorrumpe en sollozos.

~

En un retrato de Otis Allen Bullard, los niños aparecen como variaciones de un mismo individuo (¿la madre?, ¿el padre?); en cualquier caso, adultos que habrían quedado reducidos al tamaño de un niño: la mirada sería, la nariz larga, la sonrisa hastiada. Son prácticamente intercambiables, salvo por el trajecito negro con cuello blanco de Austin y los vestidos con cuello de encaje de las niñas (verde agua en el caso de Lavinia, un tono más oscuro en el de Emily). Los tres dan la impresión de tener el pelo muy corto, peinado con la raya a un lado, pero es posible que las niñas lo lleven alisado hacia atrás. Para un ojo moderno —y quizá para un ojo de la época— parece una pintura ejecutada en recuerdo de tres niños fallecidos o bien realizada años después de la infancia de los tres hermanos, tomando como modelo a los adultos en que se habían convertido.

Porque, por supuesto, sabemos que los niños sobrevivieron, crecieron, uno de ellos tuvo incluso hijos a su vez. Quizá lo que muestra esa pintura es que hacerse adulto no salva al niño de la muerte.

*

En Main Street, pasan por delante de la vasta casa que mandó construir su abuelo Samuel.

—Aquí naciste tú —le dice Austin a Emily.

Ella lo sabe. En esa casa nacieron todos. Se retiene para no contestar: «Y aquí moriré».

—Cuando el abuelo la construyó, era la única casa de ladrillos de la ciudad.

Eso también lo sabe. Está al tanto de todo lo relativo a la gran casa en la que vivió hasta sus diez años, incluso después de que —vergüenza, sacrilegio, humillación— el abuelo la perdiera y tuvieran que compartirla con la familia del comerciante que la había comprado. En el lado oeste, los Dickinson. En el este, los Mack. Cada vez que Emily se encontraba con uno de ellos por el pasillo, daba un respingo como si se hubiera tropezado con un fantasma o un intruso que hubiera entrado por la ventana. ¿Qué hacían aquellos extraños en su casa?

Casi seis años después de haberla abandonado, sigue recordando hasta el más mínimo detalle: el olor a cera de los parques claros, el rayo de sol que se filtraba por los postigos entreabiertos del despacho de Padre y hacía brillar las letras doradas en los lomos de los libros, la penumbra de la pequeña lechería donde ella y Austin lamían la nata del gollete de las botellas de leche, la fresca despensa con olor a remolacha y cebolla, su luminosa habitación.

Sabe que la casa volverá a ser suya. Está en lo cierto. En 1855 el padre de Emily compra la casa paterna y se

muda a ella con su familia, que, a partir de ese momento, la ocupa por completo. Manda pintar los ladrillos de color vainilla y los postigos de un verde bosque, además de realizar diversas mejoras, entre ellas, la construcción de un invernadero donde Emily cultivará plantas raras —otra creación inusitada y caprichosa, como si hubiera resuelto hacer de ello una especialidad.

Al regresar a Homestead a los veinticinco, Emily borra de un plumazo los quince años anteriores. Ahora que ha recuperado la casa en la que pasó su infancia, está determinada a no abandonarla nunca —ni la casa ni la infancia.

Al regresar a Homestead a los veinticinco, piensa que, de todos los miembros de su familia, quizá la casa sea su preferido.

*

Llevo meses releendo los poemas y las cartas de Emily Dickinson, consultando las obras especializadas sobre ella, peinando las páginas web en las que salen fotos de Homestead, de la vecina The Evergreens, de la ciudad de Amherst en tiempos de los Dickinson. Hasta ahora solo es una ciudad de papel. ¿Es preferible que siga siéndolo o debería visitar las dos casas museo para escribir mejor? Dicho sencillamente: ¿es mejor tener el conocimiento y la experiencia necesarios para describirlas como son en realidad o la libertad de inventarlas? ¿Por qué no me decido a hacer el trayecto de cuatro horas en coche? ¿Desde cuándo me da miedo meterme en un libro? Cuanto más espero, menos vestigios quedan del verano. Del jardín de Emily pronto solo habrá tallos secos y flores marchitas. Pero quizá deba descubrirse así y no en la exuberancia desmedida de los días de agosto.

